

¿Qué ha ocurrido con las vías del psicoanálisis? Evolución de las prácticas en Francia

Daniel Widlöcher¹

La idea de que la práctica del psicoanálisis debe evolucionar con el tiempo no es nueva. Ya en 1918, Freud la evocaba en el congreso internacional celebrado en Budapest.

De estas reflexiones, expresadas a tan solo veinte años del nacimiento del psicoanálisis, se retendrán dos puntos importantes. El factor de cambio es externo al psicoanálisis, responde a hechos de la sociedad. Se trata de la extensión de las indicaciones a un campo más vasto de la población. Por otra parte, el modelo del proceso terapéutico se objetiva solamente por medio del agregado de técnicas exteriores al método. Esto sustenta al precepto constantemente citado que refiere a la aleación necesaria entre el oro del psicoanálisis y el cobre de la sugestión. Por ello, Freud mostrará a partir de entonces que la joven ciencia que constituye a sus ojos el psicoanálisis, está abierta al progreso. Poco antes del congreso de Marienbad, respondería a sus alumnos que eligieron como tema el proceso del cambio en la cura, que estos procesos son bastantes conocidos y que sería más útil que se ocuparan de las resistencias al cambio. Efectivamente, el pensamiento de Freud progresó siempre por medio del estudio de las resistencias, tal como lo atestiguan los principales hitos constituidos por “Más allá del principio del placer”, la adenda de “Inhibición, síntoma y angustia”, y finalmente “Análisis terminable y análisis interminable”. Para profundizar el estudio de las resistencias, y así tratarlas mejor, es necesario mantener el encuadre y el conjunto de reglas que aseguran las condiciones necesarias para el análisis de la transferencia.

1. Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica de Francia. 248 Boul. Raspail, 75014 Paris. Tel: 33 1 42 16 12 41. daniel.widlocher@psi.ap-hop-paris.fr

La situación cambiará radicalmente a mitad de siglo, luego de la segunda guerra mundial, a causa de dos razones. La primera se debió a la muerte de Freud, que liberó las tendencias divergentes del movimiento ilustradas por la gran controversia (1941-1945) en el seno de la sociedad británica. La segunda razón corresponde a las expectativas de Freud; es el importante lugar que ocupa rápidamente el psicoanálisis en el campo de la salud mental, y más generalmente en la ideología optimista de una sociedad nueva, victoriosa, democrática y pacificada. El psicoanálisis surge entonces como un agente terapéutico esencial para el establecimiento de esa sociedad preocupada por asegurar el bienestar general y por erradicar la violencia. Ahora bien, esas dos condiciones, el pluralismo de las teorías y el lugar en la nueva sociedad, serán la fuente de los cambios de la práctica observados en el curso de estos últimos cuarenta años.

Si las presiones externas son más o menos similares en todos los países y continentes, los debates internos estuvieron y están fuertemente vinculados con las situaciones locales. La historia de las ideas y del movimiento del psicoanálisis tuvo en los diferentes países una influencia diferente sobre las prácticas y, respecto a las presiones externas, esta historia local suscitó respuestas y modos de adaptación diferentes. Se trata de puntos de vista que querría ilustrar apoyándome en la historia del psicoanálisis en Francia en el correr de los últimos cincuenta años.

Las presiones externas

Consideremos en primer término las presiones ejercidas por las evoluciones del entorno técnico y social sobre las prácticas. Llamado a ocupar un lugar de importancia y reconocimiento en la nueva sociedad, el psicoanálisis se vio sometido a exigencias cambiantes por parte de la política del cuidado de la salud mental, la economía de la salud, la universidad como lugar de enseñanza e investigación y, finalmente, de las representaciones colectivas de la sociedad.

No corresponde retomar aquí el estudio de las presiones externas. Las mismas han variado en los diferentes países y en las diferentes épocas, pero parecen continuar respondiendo a un proceso evolutivo en dos fases. La primera se caracteriza por una creciente demanda por que el psicoanálisis ofrezca cada vez más en términos de cuidados, formación, investigación y difusión de las ideas. La segunda aparece marcada por un repliegue al cual parecen concurrir diferentes factores: las terapéuticas que

compiten, los ahorros necesarios y la racionalización de los cuidados, la pérdida de interés por una disciplina considerada envejecida tanto entre los profesionales jóvenes como por el gran público. Las restricciones y los rechazos siguieron así a las presiones de la demanda. Esta evolución parece seguir el mismo movimiento en los diferentes países, pero con un desfase temporal que hace que los Estados Unidos y Europa occidental parezcan estar ya confrontados con una estabilidad terminal más allá del declive, mientras que los demás, como Europa del este, parecen estar solo al comienzo de este proceso.

Primer comentario: las consecuencias sobre la práctica son parcialmente las mismas. El desarrollo de las psicoterapias inspiradas en el psicoanálisis responde a la demanda de un mayor número de clientes potenciales en fase de expansión y al mantenimiento de la presencia del psicoanálisis en los establecimientos de cuidados cuando se hace sentir el repliegue. En el primer caso, el oro puro del psicoanálisis está protegido por la difusión de las prácticas y la afluencia de los candidatos a la formación, mientras que en la segunda etapa hay que asegurar su supervivencia. En otros términos, en la primera etapa, los psicoanalistas forman a otros psicoanalistas y a psicoterapeutas, en la segunda etapa, son ellos los que sobreviven practicando las psicoterapias.

Esta evolución presentada de manera un poco esquemática queda ilustrada por la distinción que se termina haciendo entre la práctica del psicoanálisis y la de las psicoterapias. Para Freud, era una pregunta que no se planteaba. Existía una nueva psicoterapia, el psicoanálisis, y las nuevas vías abiertas a considerar eran aquellas ofrecidas al tratamiento psicoanalítico mismo. De este modo, era posible proponer un psicoanálisis de los psicóticos (en el que Freud mismo no creía), de los delincuentes, de los melancólicos, etc. Y el conocido debate acerca del psicoanálisis infantil consistía solo en saber si era posible aplicar el psicoanálisis desde un comienzo o si había que hacerlo preceder por una intervención de naturaleza pedagógica.

Después de la guerra, se dio el movimiento contrario, el de inventar nuevos métodos inspirados en el psicoanálisis modificando los parámetros técnicos y los modos de intervención. De este modo, se describieron las variantes de la técnica y sobre todo se marcó la diferencia con el psicoanálisis, mantenido en su estricta definición. Esa separación se vio reforzada por una separación institucional. Las prácticas psicoterapéuticas se aplicaron y dieron forma a investigaciones y formaciones específicas. Las clínicas privadas y los centros públicos de atención, tanto en Francia

como en el exterior, contribuyeron a ese desarrollo. Se crearon sociedades académicas para responder a objetivos de investigación y formación (Sociedad de psicoterapia analítica de grupo, terapias familiares, etc.). Ahora bien, durante toda su etapa de ascensión, las sociedades psicoanalíticas se desinteresaron completamente de este campo de aplicación. Con la recesión y la necesidad de doblegarse aun más frente a ciertas exigencias de los poderes públicos, la cuestión se plantea en lo sucesivo a las mismas. Manteniendo el rechazo a tomar en consideración la formación en psicoterapia, exponen además a sus candidatos a una separación: los mismos se forman en la institución psicoanalítica en una disciplina que les da un estatuto pero que no se corresponde siempre con sus prácticas. El riesgo radica en que vienen a buscar el oro puro a la institución pero recurren sobre todo a la aleación con el cobre que encontrarán en las instituciones de cuidados o en diferentes sociedades. La paradoja toma un cariz aun más lamentable si se toma en cuenta que en el correr de todos esos años, los mayores descubrimientos del psicoanálisis surgieron de los tratamientos aplicados a patologías graves (pensemos tanto en Kohut como en Bion). Esta situación se debe, creo yo, a una razón de gran peso. La cuestión del estatuto de las psicoterapias psicoanalíticas está directamente vinculada con el del psicoanálisis. El cuestionamiento constante con respecto a lo que constituye el oro puro del psicoanálisis incita a mantener en la vaguedad al cobre que debería agregársele. La cuestión se resolvería fácilmente si se siguiera lo que Freud tenía en mente cuando hablaba del cobre de la sugestión directa. El ejemplo clínico que da es claro: se trata de precisar al paciente lo que debe hacer o pensar. Pero la “*directividad*” no es el único criterio que nos puede bastar.

La referencia al oro puro tiene evidentemente un sentido metafórico. Metal precioso por excelencia, el oro nos recuerda el valor que damos a la escucha psicoanalítica y al trabajo psíquico que se realiza, no solamente en el paciente sino también en el analista. Por otra parte, la idea de renuncia o de compromiso continúa pesando en todas las reflexiones referentes a la psicoterapia y su práctica misma. ¿No es interesarse en la misma conformarse con poco (la psicoterapia) y marcar así que no sabemos conformarnos con lo que debería colmarnos (el psicoanálisis)?

Más allá de la metáfora, ¿de qué está hecho el oro? La definición de un psicoanálisis puro, es decir, sin alteraciones de corte psicoterapéutico, continúa siendo incierta. Los criterios de naturaleza técnica, la definición del encuadre analítico, son materia de discusión. Ningún parámetro (frecuencia, duración, posición del paciente, incluso el

pago, etc.) es decisivo. Generalmente se sigue un conjunto de variables para definir no uno, sino varios criterios mínimos. Pero si estos resultan necesarios para nuestra coherencia institucional, solo tienen una escasa validez. Algunos análisis, realizados de acuerdo con criterios rigurosos, no dan lugar a ningún trabajo del pensamiento que responda a nuestras expectativas y, contrariamente, pueden desarrollarse experiencias psicoanalíticas auténticas y ricas en los marcos que se separan de los mismos. La definición de criterios mínimos implica que, por debajo de ese mínimo, no es posible esperar un trabajo psíquico que satisfaga los criterios de un proceso psicoanalítico. Toda la dificultad radica en el término “posible”. Tal vez deberíamos sustituir la referencia a lo mínimo con la de lo óptimo. En presencia de una solicitud de análisis, ¿qué marco ofrece más posibilidades de que el sujeto desarrolle una experiencia analítica auténtica y rica? ¿Qué riesgos tomamos al proponerle un marco que se sitúe por debajo de ese nivel óptimo?

El marco sirve al proceso analítico, es decir a las transformaciones psíquicas que esperamos ver ocurrir en la cura. Un proceso de este tipo, antes de producirse en la mente del paciente (o mejor dicho mientras que se produce), se desarrolla en la del psicoanalista. ¿Estamos en posición de pensar “psicoanalíticamente” con un paciente dado, es decir de desarrollar una actividad asociativa que nos permita detectar los efectos de la transferencia y la contratransferencia, las producciones del inconsciente, nuestras resistencias y las del paciente? Lo “psicoanalítico” se define entonces en el “co-pensamiento” que se construye entre nosotros. De ello resulta que un “psicoanálisis puro” no puede decretarse antes de que se desarrolle. En el curso del tratamiento podemos, para cada caso individual y en función de nuestras propias disposiciones, decidir la “pureza” de nuestra práctica psicoanalítica.

Demasiado a menudo, la definición de psicoterapia, opuesta a la del psicoanálisis, se presenta no como un “más”, sino como un “menos”. Las psicoterapias se definen entonces como formas más livianas del psicoanálisis. Este aligeramiento se refiere tanto al encuadre (frecuencia, duración de las sesiones), como al modo de intervención (cada vez menos en referencia a la transferencia, a los conflictos internos inconscientes) o al proceso (menos abstinencia, menos transferencia).

En realidad, se trata de compromisos suscitados por consideraciones exteriores: debilidad de las motivaciones, costo en tiempo o en dinero. El riesgo está en pretender obtener tanto como se obtiene en un psicoanálisis ahorrándose las reglas inherentes a

este último. En muchos casos, los resultados no están a la altura de las esperanzas. Es a ello a lo que nos referimos cuando hablamos de un psicoanálisis “*light*”. Sin embargo, los poderes públicos no pueden sino considerar estos arreglos con interés. ¿Para qué realizar un largo y a menudo costoso análisis si los resultados esperados son prácticamente los mismos?

Ya se trate de intervenir de manera más directiva o de suavizar las convenciones del encuadre, ¿cuándo abandonamos el campo específico del psicoanálisis? ¿Lo abandonamos cuando ya no nos referimos al paradigma freudiano del conflicto neurótico? O, inversamente, ¿debemos considerar junto a Lacan que “*un psicoanálisis, tipo o no, es la cura que se espera de un psicoanalista*” (Écrits, 329)? Resulta ya evidente en qué medida pueden pesar los elementos teóricos en juego tanto sobre las prácticas individuales como institucionales.

Un aspecto más general de esta evolución de las prácticas, vinculada con las presiones externas, es la frecuencia de las sesiones. Volvamos aquí al oro puro y al precio que se debe pagar para tener acceso al mismo. Parece que fue en Francia que, en los años cincuenta, se desarrolló la costumbre de practicar el psicoanálisis, y en particular el de formación, con una frecuencia de tres sesiones semanales. No hay rastros en textos escritos, en documentos administrativos, pero se trata de un uso que se estableció progresivamente, fuera del círculo de Lacan por otra parte, que tomaba en gran medida a su gusto el tiempo de las sesiones, pero mantenía generalmente el ritmo de cuatro sesiones. La costumbre está tan arraigada que cuando en 1973 la Asociación Psicoanalítica Internacional fija por escrito el número de sesiones en cuatro a cinco como criterio para la formación de los psicoanalistas, fue necesario introducir una cláusula restrictiva para respetar las prácticas francesas.

En realidad, esta práctica es común en otras partes, en particular en las sociedades de los Estados Unidos que no forman parte de la Asociación Psicoanalítica Estadounidense. Es posible suponer que se la practicaba ya en la preguerra y que estaba vinculada con la influencia de ciertos psicoanalistas, emigrados o no. El diferendo que tuvo lugar entre algunas de estas sociedades independientes y la IPA y la APA tuvo como consecuencia el reavivamiento de esta cuestión. La regla de las cuatro-cinco sesiones se reforzó de este modo como criterio (“estándar”) en el seno de la IPA, a pesar de la excepción francesa. Pero es bien sabido que esa regla está lejos de ser respetada a pesar de los principios, e incluso recientemente, un movimiento venido de América

Latina ha cuestionado estos principios. Sea cual fuere la solución institucional propuesta, la pregunta merece ser formulada en su complejidad: ¿a qué se debe esa tendencia a disminuir la frecuencia de las sesiones? ¿Qué argumentos la justifican o se oponen a la misma? Y sobre todo, ¿sobre qué metodología puede fundarse la búsqueda de la solución?

Es interesante apuntar que si la práctica del análisis de formación en tres sesiones ha coincidido con la fase de expansión del psicoanálisis, actualmente se ve profundamente reforzada en la fase de reflujó. En el período de expansión, un pequeño número de psicoanalistas debió responder a numerosas demandas de formación y tratamiento. Con la recesión económica, la ya escasa demanda por el psicoanálisis se vería aun más disminuida si hubiera que recurrir a sesiones más frecuentes. En los países en los que el psicoanálisis da lugar al reembolso por parte de un sistema de seguro público, el argumento esgrimido por los poderes públicos de reembolsar solo un pequeño número de sesiones fue que ninguna labor “empírica” demostraba que una mayor frecuencia arrojaba mejores resultados. Es cierto que, basados en esa argumentación, ¿podríamos darnos por satisfechos con dos, o incluso una sesión semanal! Resulta claro que la ausencia de una metodología para encontrar una respuesta fundada empíricamente marca un gran vacío, tanto para responder a los poderes públicos y los consultantes como a los psicoanalistas mismos. Se desarrollan estudios comparativos para juzgar los resultados de las psicoterapias entre terapias breves y largas, o en función de la frecuencia entre una y tres sesiones. A falta de poder aplicarlas al psicoanálisis, se corre el riesgo de quedarse con respuestas de naturaleza administrativa. Los psicoanalistas franceses dan pie a menudo a que se observe que si la frecuencia de sesiones es menor, las curas son más largas. Este argumento podrá parecer a muchos una confesión de debilidad, pero los partidarios del principio de las tres sesiones responderán que es la calidad misma del trabajo psicoanalítico logrado en un mayor número de sesiones que autoriza esta disminución del número de sesiones. Según mi opinión, el único criterio general que se puede adoptar es de orden probabilístico. Una mayor frecuencia de sesiones ofrece una mayor posibilidad de que la experiencia del proceso analítico se realice en las mejores condiciones. La disminución de las sesiones significa una exposición a un mayor riesgo de fracaso. Resta aún, para cada caso individual, medir ese riesgo, y sobre todo situarlo con respecto a las demás reglas de la situación. Un

argumento particularmente perverso constituiría pretender que la calidad del psicoanalista o del grupo autoriza de por sí a una menor frecuencia.

La cuestión de la frecuencia de las sesiones está, tal como se aprecia, muy vinculada, en un período de recesión y de pérdida de influencia, con la cuestión del dinero. ¿Esta evoluciona en las prácticas? Es necesario distinguir en este caso: la justa remuneración del trabajo (¿quién paga?), el lugar del arreglo financiero en el contrato (¿cómo pagar?) y el lugar del dinero en las fantasías y la transferencia (¿el dinero como símbolo?). Hay que recordar que el análisis llamado gratuito, evocado por Freud en “Nuevos caminos de la psicoterapia psicoanalítica” ya se practicaba en el Ambulatorium de Viena y en el Instituto de Berlín. Se encuentra en Francia la diversidad de las prácticas, de los puntos de vista, en los trabajos del Centro de Psicoanálisis del Centro de Salud Mental (E. Kestemberg, A. Gibeault, en particular). Aunque ciertos psicoanalistas se apegan estrictamente al arreglo directo sin hacer recurso a terceros, otros aceptan modalidades moderadas. Pero muy a menudo los psicoanalistas franceses siguen opuestos a cualquier tipo de negociación con los poderes públicos y las entidades de seguros de salud.

De este modo, tanto en Francia como en el exterior, los psicoanalistas han debido responder a presiones exteriores. Pero veremos que las respuestas que dieron a las preguntas planteadas son inseparables con respecto a los presupuestos teóricos vinculados con lo que yo llamaría una cierta cultura psicoanalítica propia a la situación francesa y a la historia local del movimiento.

¿Una cultura psicoanalítica francesa?

Vistas desde el exterior, las particularidades de las prácticas y las especificidades de los puntos de vista teóricos se confunden bajo términos ya sea críticos, ya sea elogiosos, pero que se refieren en su totalidad a un enfoque francés. ¿Es posible hablar de excepción? La historia del movimiento psicoanalítico internacional está formada por historias locales marcadas por la conflictividad de las escuelas y de las corrientes de pensamiento. Los adversarios del psicoanálisis a menudo ironizan con respecto a esas “peleas de capilla”. Los psicoanalistas mismos critican a veces la “pluralidad de escuelas”. Creo que, independientemente de todos los factores patológicos contra los que no están protegidos ni los psicoanalistas ni sus instituciones, esta diversidad y los debates, o mejor aún las controversias que la misma alimenta, son un importante factor

para el progreso del psicoanálisis, tanto de la teoría como de la práctica. Una profundización real de nuestros métodos proviene de esta pluralidad teórica. La confrontación de los modelos es sin dudas la vía más fructífera que disponemos actualmente para desarrollar y afinar nuestras prácticas.

El psicoanálisis es una ciencia moderna. Digamos que una ciencia del siglo veinte, pero una de las que, por citar a Lacan, se inscriben *“en el centro del vasto movimiento conceptual que, en nuestra época, al reestructurar tantas ciencias llamadas impropriamente “sociales” [cargando o reencontrando el sentido de ciertas secciones de la ciencia exacta por excelencia, la matemática, para restaurar las bases de una ciencia de las acciones humanas mientras que se funda sobre la conjetura] reclasifica con el nombre de ciencias humanas al cuerpo de las ciencias de la intersubjetividad”* (Écrits, p. 361). No se trata de una ciencia resultante de técnicas nuevas, sino de las que se aplican a las prácticas sociales. Como la ciencia política, la económica o la de la educación, el psicoanálisis se desarrolla a partir de la articulación entre un modelo teórico, construido para describir los procesos observados, y la práctica.

El doble movimiento que vincula íntimamente al modelo y a la práctica no está entonces limitado al psicoanálisis. La manera en que se desarrollan y evolucionan la práctica y la teoría se encuentra precisamente en esas otras ciencias de la modernidad. La confrontación entre modelos marca el desarrollo de esas disciplinas. El pluralismo teórico ha dado nacimiento a modelos que llegaron ya sea para completar o modificar al modelo freudiano, y que han modificado así las prácticas. Es cierto, el marco general y las reglas técnicas fundamentales se mantienen, pero la manera de escuchar, las interpretaciones y su eventual formulación varían de una escuela psicoanalítica a otra.

Para ilustrar este movimiento, propongo examinar a título de ejemplo la influencia ejercida en Francia por la cultura lacaniana. Esta elección está dictada por mi experiencia personal, pero me parece igualmente justificada por el interés y las críticas dirigidas frecuentemente al “modelo francés”, que a menudo mezclan el modelo lacaniano con otras corrientes de pensamiento y de práctica. El término de cultura me parece más adecuado que los de teoría, práctica o modelo, en la medida en que se lo aplica a un medio más amplio que el grupo de discípulos de Lacan. Es igualmente preferible al de escuela en la medida en que es lo suficientemente vago para tomar en consideración a las prácticas a menudo muy disímiles que se inspiran sin embargo en

Lacan, y toma en cuenta las influencias positivas y negativas ejercidas por este último y sus alumnos en el conjunto de los psicoanalistas franceses.

No se trata por lo tanto de presentar una versión, ya sea esta abreviada y esquematizada, de la teoría de la cura en Lacan, sino de extraer algunos aspectos para mostrar las consecuencias de los mismos en la práctica clínica. Limitémonos aquí a tres de ellos, a aquellos que conciernen a los fines de la cura, la transferencia y la interpretación.

En el modelo freudiano, la intención fundamental es el tratamiento del conflicto intrapsíquico. Este principio continúa estando en la base de todos los modelos generados por el pluralismo teórico. El modelo lacaniano rompe claramente con el mismo. Sustituyendo el concepto de pulsión con el de deseo, Lacan introduce bastante más que un matiz semántico. El objeto del deseo no tiene nada en común con el objeto de la pulsión. Este último es lo que busca la pulsión. Satisfacer la pulsión es encontrar el objeto para alcanzar la finalidad de la pulsión. El objeto del deseo, en el sentido lacaniano del término, no es el complemento buscado del deseo, sino su significante. En el ejemplo del sueño “la cena imposible”, transcrito por Freud en “La Interpretación de los Sueños”, el salmón ahumado es el símbolo del objeto deseado por la rival, como lo es el caviar por ella misma. El caviar que no pide al marido simboliza un aspecto de la relación con el mismo, como la cena que no puede ofrecer simboliza el obsequio que rechaza a su amiga, esa amiga que su marido encuentra tan atractiva, y el hecho de tener que renunciar a esa cena expresa tanto su rivalidad como su deseo por identificarse con ella. En la perspectiva de Lacan, el caviar y la lonja de salmón son significantes de una ausencia de ser fundamental. La lonja de salmón no simboliza el objeto del deseo sino el deseo en sí mismo, lo significa o, más exactamente, representándolo en el sueño, el sujeto se identifica con él. La finalidad del análisis deja de ser la búsqueda de objetos ilusorios (aquellos con los que la pulsión sexual no podría satisfacerse), y pasa a ser el reconocimiento por parte del sujeto de esa falta de ser fundamental, y reconocerlo en el significante que es la figura retórica, ante la ocurrencia de la metonimia.

En esta perspectiva, la transferencia es tomada más allá de la neurosis de transferencia, es decir más allá del juego de objetos pulsionales desplazados en la situación psicoanalítica, para ser la relación fundamental con el otro, a quien se dirige la pregunta del sujeto. La transferencia es entonces un señuelo absoluto, porque las demandas realizadas al otro no pueden más que expresar aquello a lo cual ningún objeto

puede responder frente a esa ausencia de ser. De este modo, interpretar la transferencia no tiene como finalidad señalar los objetos que las pulsiones toman en la realidad psíquica, sino “llenar el vacío de ese punto muerto con un señuelo”, y marcar el instante en el cual el sujeto, a falta de reconocer ese vacío en el significante que lo expresa, intenta nutrir la ilusión de un objeto. En la abstinencia, el analista, por su no respuesta radical, permitirá que el sujeto reconozca la vacuidad de su solicitud.

Esta falta de respuesta no debe ser entendida solo como una respuesta a la transferencia, sino en su materialidad misma como silencio. La interpretación en el sentido freudiano del término deja de existir en el modelo lacaniano. “*¿Cómo interpretar al inconsciente*”, preguntaba, hace algunos años, J. A. Miller, “*cuando el inconsciente mismo es interpretación, significante de un discurso que viene del exterior, expresión de una ausencia de ser de la que cada individuo recibe el mensaje en la palabra que le es dirigida por el otro?*”.

Cuando, a comienzos de los años sesenta, un cierto número de sus alumnos rompimos con Lacan y volvimos a la Asociación Psicoanalítica Internacional, lo hicimos para marcar distancia con respecto a prácticas que juzgábamos incompatibles con la ética psicoanalítica, pero las disociamos de la teoría. Los que se mantuvieron fieles a Lacan pensaban en cambio que, para mantenerse de acuerdo con la teoría, era necesario aceptar esas faltas. Toleraban las faltas éticas y las anomalías técnicas para proteger su adhesión a la teoría. Solo Lacan se desvelaba en la justificación de su práctica por medio de su teoría. En aquella época, considerábamos esa posición como una racionalización aun más cuando Lacan nos prometía aportar una prueba, pero siempre en el futuro. Estábamos equivocados. De hecho, ya en los años cincuenta, en varios textos fundamentales y en sus enseñanzas orales, podíamos encontrar la argumentación que acabo de recordar en algunas oraciones. Actualmente, nos enfrentamos al mismo malentendido, mantenido a veces por los fieles a Lacan: dejemos a las divergencias técnicas en un segundo plano y retengamos el interés de los desarrollos teóricos. Una parte de la cultura lacaniana actual toma el mismo partido que tomábamos en la época y minimiza las consecuencias clínicas del modelo teórico. Sin embargo, ambas son inseparables. La sustitución del análisis de los conflictos intrapsíquicos con el reconocimiento de una ausencia de ser fundamental, el relegamiento de los objetos pulsionales por el estatuto de una ilusión que habría que desbaratar en la experiencia analítica en beneficio de este reconocimiento de la

ausencia, modifica de manera radical a la práctica clínica. La transferencia pierde toda la importancia y la interpretación deja de tener sentido. Solo permanece el marco, que empuja al sujeto a una experiencia de desilusión, a un desprendimiento en el lugar del mundo psíquico imaginario en beneficio del reconocimiento de que nos obligamos radicalmente a ser el sujeto de un deseo que no podría jamás encontrar su satisfacción, sino que podría simplemente ser reconocido como significante de esa ausencia.

En la práctica, para muchos de los que se reivindican como pertenecientes a la cultura lacaniana, la estricta aplicación del modelo lacaniano ha sido moderada por la permanencia del modelo freudiano. Incluso, el mismo continúa siendo a veces el campo de referencias principal, constituyendo los principios lacanianos una tendencia implícita más que una regla reconocida. Pero lo que sin duda nos importa aun más, es el efecto inverso, es decir la influencia del modelo lacaniano en las prácticas de los que no se dicen sus seguidores, e incluso aquellos que muestran una franca hostilidad al mismo.

Consideremos en un primer término los objetivos del tratamiento. Aparentemente, todo parece oponer a los “no lacanianos” y los. “lacanianos”. Esto se basa en una cuestión fundamental de la ética psicoanalítica y el divorcio en el plano de la práctica parece absoluto. Pero ya hemos visto que, en los círculos lacanianos, la oposición no era tan marcada y que la interpretación de una conflictividad interpersonal o intrapsíquica no estaba radicalmente excluida, sino que se la tomaba solamente como una etapa preliminar, cuando la interpretación en el sentido del señuelo, permitía “relanzar *el proceso*” (Int. sur le transfert, *Écrits*, 225). En cambio, para los psicoanalistas que se sitúan fuera de los círculos lacanianos, el análisis de los conflictos intrapsíquicos continúa siendo el principio esencial. Permite individualizar claramente al psicoanálisis en relación a todas las demás psicoterapias. El aforismo de Lacan, según el cual la cura surge solo como una consecuencia natural, se entiende sin embargo con un sentido demasiado general y, digámoslo, trivializado: no se trata de intervenir directamente sobre el síntoma, sino de tener confianza en el proceso. Igualmente, desconfían de las prácticas que, demasiado directamente, apuntan al síntoma y que les parecen ser demasiado “psicoterapéuticas”. La interpretación demasiado rápida de la defensa del yo, las angustias arcaicas o la necesidad de reparación narcisista les parece que es dar la espalda a la escucha de las formaciones psíquicas de origen inconsciente, a la escucha de la realidad psíquica.

También para ellos, el análisis de la transferencia continúa siendo una prioridad, el encuadre mismo del trabajo psíquico y, a este respecto, se oponen explícitamente a las prácticas lacanianas que consideran una forma de manipulación de la transferencia, una forma indirecta de sugestión. Pero, sin embargo, desconfían de las interpretaciones de transferencia formuladas y por lo tanto pensadas, en términos de relación interpersonal (pensando en eso, usted piensa en mí...); esta es la causa, de la fuerte oposición existente actualmente a la llamada corriente de intersubjetividad. Referirse a las relaciones entre el paciente y el analista les parece una reducción de la situación, y un desconocimiento de la presencia de un tercero simbólico, esa dimensión triangular de la vida fantasmática que se inscribe para ellos en el marco de la estructura edípica. No se trata entonces de rechazar las figuras de lo imaginario en beneficio del orden simbólico, como proponía Lacan, sino de reconocer una dialéctica entre ambos, en tanto que el orden simbólico asegura una elaboración estructurante del Edipo. Es cierto que esta elaboración debe ser captada en la historia individual del sujeto, en su relación con las exigencias pulsionales y no en un juego de significantes venidos del discurso del Otro.

En definitiva, en el plan de la práctica más inmediata, el reproche que se hará será el rechazo a la interpretación y el silencio casi absoluto en el cual se encerraría el analista laciano. Pero, en el exterior, este reproche se aplica a menudo al psicoanalista francés en general. En numerosos intercambios clínicos celebrados entre analistas franceses (no lacianos) y analistas “extranjeros” a los que asisto, siempre realizo la misma comprobación. En una comunicación personal, Hanna Segal me indicaba que la actitud silenciosa de los analistas franceses está relacionada con la práctica de las tres sesiones semanales, no porque el analista no capte la realidad psíquica, sino porque no osaría comunicar sus interpretaciones, dado que no obtendría el “retorno” en una sesión próxima en el tiempo. Hago mío ese razonamiento de buen grado, pero afirmando que lo puede invertir explicando que el psicoanalista lleva mejor una frecuencia menor si “interpreta menos”. Muchas construcciones teóricas, fuera de las referencias propiamente lacanianas, sirven por otra parte para sostener esta práctica “poco interpretante”. Sería preferible dejar al paciente el privilegio de encontrar el sentido en vez de sugerírselo. Hay que abrirle el camino al paciente y no recorrerlo en su lugar.

Finalmente, en la articulación entre el encuadre y la interpretación, el acento se pone a menudo en el primero. La práctica de la supervisión me mostró muchas veces que los psicoanalistas “jóvenes” tienen sumo cuidado ante todo por construir el encuadre, una

garantía que les parece casi suficiente para que opere el proceso analítico. Se preocupan menos por comunicar al paciente el trabajo interpretativo que se produce en ellos mismos. La franca influencia ejercida por Winnicott y Bion sobre los psicoanalistas franceses viene a reforzar la noción de “función continente” del analista.

De este modo, dejando de lado las diferencias radicales existentes entre las prácticas “freudiana” y “lacaniana”, percibidas claramente por los analistas franceses, una evolución progresiva ha conducido a estos últimos a prácticas menos opuestas de lo que parece. Para muchos de ellos, Lacan supo plantear buenas preguntas, incluso aunque no haya sabido proporcionar respuestas aceptables. La influencia directa de Lacan y de algunos de sus alumnos resulta innegable. No olvidemos que durante más de una década, esta influencia se ejercía a nombre de un “retorno a Freud”, un retorno que debía encontrar su justificación principal en el espíritu de la práctica. Pero, junto con una influencia directa, hay que tomar en cuenta un cierto sustrato común cuya historia sería cuestión de emprender. No olvidemos que el psicoanálisis francés, cuando renace a fines de la segunda guerra mundial, es un análisis “huérfano”. Sus principales formadores, exiliados de Europa Central están muertos (E. Sokolnicka, S. Morgenstern) o retomaron el camino del exilio antes de la ocupación nazi (H. Hartmann, R. Loewenstein). La ambición de Lacan se inscribe en los comienzos en un movimiento que no es vector de ningún carisma en particular. El viejo chauvinismo de un psicoanálisis a la francesa renace sin problemas de estas cenizas. La rápida integración del pensamiento freudiano con la cultura de la época, su lugar reconocido con bastante velocidad en el seno de la psiquiatría y la psicología clínica, favorecieron esta evolución de las prácticas y el relativo aislamiento del psicoanálisis francés con respecto a los grandes movimientos del pensamiento del psicoanálisis internacional, y en particular del mundo anglófono.

Elegí tomar el ejemplo de los efectos de una cierta cultura lacaniana sobre las prácticas psicoanalíticas francesas. Mostré que sus efectos eran debidos en parte a la influencia directa del modelo lacaniano pero también a la preocupación por tomar distancia con respecto a ese modelo, llegando incluso a oponerse claramente al mismo. La historia del movimiento psicoanalítico francés no se limita a Lacan. El psicoanálisis infantil, grupal, el psicósomático, ha dado nacimiento a modelos originales reconocidos a nivel internacional. Sin embargo, si inspiraron fecundas innovaciones técnicas y a

nuevas perspectivas clínicas, no han tenido peso en las prácticas, como fue el caso de la cultura lacaniana.

Esta influencia puede por otra parte ponerse en tela de juicio desde dos puntos de vista opuestos. Aquellos que se opusieron a esta cultura pueden criticar el peso que le reconozco. Después de todo, las posiciones de Lacan no surgieron de la nada. Otros le plantearon preguntas similares (sobre la pulsión, la transferencia o la interpretación) pero sin nunca embarcarse en una vía tan radical. En lo que respecta a los analistas pertenecientes a la órbita lacaniana, es posible que pongan en tela de juicio, no las teorías que mencioné, sino su lugar en el modelo lacaniano total. No busqué discutir el modelo en su conjunto, sino someter al debate clínico las consecuencias de ciertos elementos de esta teoría, los cuales encuentro esenciales a pesar de todo para la comprensión del modelo y sus implicaciones técnicas.

Se reprocha mucho a los psicoanalistas franceses por su “fijación” con la obra freudiana. Esa preocupación por volver a recorrer, cada uno a su manera, el movimiento del descubrimiento freudiano me parece muy directamente vinculado a Lacan. No porque haya llamado al “retorno a Freud”, sino porque para muchos ese retorno ha, contrariamente, permitido liberarse de las soluciones lacanianas a preguntas que, después de todo, no están ausentes en el pensamiento freudiano.

La evolución de las prácticas psicoanalíticas en Francia a estado entonces marcada por el enfrentamiento entre un modelo freudiano que hacía del tratamiento una búsqueda “sin fin” de las expresiones patológicas individuales del pensamiento inconsciente, y un modelo lacaniano que hacía del tratamiento una experiencia revelada de la “*incompletad*” del sujeto en busca del deseo. Intenté mostrar que esta antinomia fundamental había conducido a posiciones técnicas menos antinómicas de lo que parece. ¿Esto es positivo o negativo? ¿En qué medida, al subrayar ciertos puntos en común subestimé las diferencias? Intenté demostrar que los debates históricos y técnicos, la pluralidad de escuelas, y por lo tanto la pluralidad de modelos, daban vida a la práctica psicoanalítica.

Descriptor: PSICOANÁLISIS / SOCIEDAD / PSICOTERAPIAS

Autor-tema: Lacan, Jacques

Traducción: Juan Manuel Pedreira